



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.140

PREGIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 22 DE AGOSTO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico en el estrado de la casa.—co-recepcionacion en París, A. Lorotte, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIGUES

Aparatos para alcoholos de 39 a 40º Id. para aguardientes de 24 a 26º Id. para anisados.

Alambiques agüadereros con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.

Id. completos con baños maria, aros de bronce, serpentín y depósito.

Fabricación esmerada y precios muy económicos.

Prensas, azufreadoras, y cuanto con cierno a la elaboración de vinos.

Camilo Pérez Lurbe.—Castellina 12.

COLABORACION INEDITA.

El Recuerdo de la Madre

I

¡Pobre Pedrin! ¿Qué recuerdos asaltan su mente para que con cara tristoná unas veces y sonriente otras, permanezca insensible a la algazara chispeante y alegre que vibra en las filas de la guerrera columna?

No es difícil averiguarlo si se estudian los gestos que a cada momento aparecen en su tostada faz, sujeta, sin duda, al trajín interior de sus pensamientos. ¿Suena! ¿Suena con su querida madre, con su cariñosa Antona, con su inolvidable mansa donde labó Antona, allí la aldea. Sueña, que cogida de la mano de su prometida, corre en busca de su blanca casita, y escondida en un ribazo del terreno y rodeada de añosos manzanos!...

En la puerta de la casa ve a su madre esperándole para rezar el santo rosario en la ahumada cocina de tan gratos recuerdos para él.

A la derecha y lamitando las paredes de la pumarada, deja el cristalino arroyo, que serpenteando entre riuco y floridos prados, baja de la nevada sierra. Allí está el repledra donde se sienta él, para estar requita, muy requita de su futura compañera. ¡Cuántas veces en aquel paraje había sentido en el rostro el calor húmedo de su respiración al pedirle cuenta de una frase ó mirada cambiada con otra meza!

Halagado por tales visiones marchaba cuando la corneta dejó escapar el toque de alto.

Un estremecimiento nervioso sacudió su cuerpo, y la leve sonrisa dibujada en el curtido rostro, tornóse en gesto de resignación, a la par que por sus mejillas rodaron dos lágrimas hasta perderse entre el polvo del capote.

II

El enemigo, aunque invisible, denuncia sus posiciones con los disparos que hace a la vanguardia de la columna.

No hay duda, el encuentro es inevitable, el combate no está lejano, y la quietud precursora de la lucha, solo es interrumpida por el precipitado ir y venir de los ayudantes que transmiten órdenes.

Las unidades de la cabeza despliegan sus guerrillas; a los toques de fajina suceden los de fuego; y éstos son apagados por el caprichoso fuego a discreción de la fusilería, acompañado del ronco tronar

de las baterías que desde posiciones estratégicas protegen los movimientos del infante.

El combate se ha generalizado; el avance continúa, pero lento y muy costoso. El enemigo, parapetado ventajosamente, hace un fuego mortífero, dice contra el cual se estrella el valor del soldado.

De pronto, como si fueran dominadas por conductores eléctricos, todas las cornetas exhalan por sus pabellones la enloquecedora señal de ataque. Los soldados, dóciles, obedientes a la orden, repléganse rápidos, hacia la derecha y forman compacta línea, que cual torrente devastador lánzase hacia las posiciones enemigas.

El espectáculo es sublime. Los agüeridos soldados salvan la distancia que les separa del enemigo; el choque fue sangriento, terrible.

El ruido es ensordecedor; ya no se percibe más que algún que otro disparo, pero en cambio el quéjido arrancado a las armas blancas por el choque es cada vez más nutrido.

Imprecaciones, lamentos, voces roncadas por el coraje se oyen por todos los ámbitos, mezclados con los bramidos del huracán que arrastrando inmensas columnas de arena hace más difícil y confusa la lucha.

Pedrin se bate como bueno. Ya no siente aquel frío glacial que recorrió todo su cuerpo cuando se escucharon los silbidos de las primeras balas; ahora siente un calor sofocante, abrasador, que acrecienta por momentos su sed rabiosa.

Para con su fusil los golpes que dos ginetes—defensores de la bandera que un tercero tiene—le dirigen y al mismo tiempo procura herir con su bayoneta a los adversarios; pero es cosa bastante imposible: él bien lo comprende.

Uno de los ginetes ya dió con su cuerpo en tierra; más a cambio de una cuchillada que el bravo Pedrin recibió en la frente.

La sangre que de ella sale pulea su vista, aumentando más y más su desesperación.

Tiene que habérselas toda vía con los dos y las fuerzas le abandonan; su fusil, medio destruido, apenas le sirve para defenderse. Comprende que va a morir y quiere vender cara su vida; esto le es imposible y desesperado busca ya la muerte.

Mueve los labios cual si a ellos acudiría una oración y casi al mismo tiempo se nota en él algo así como la reconcentración de energías, esfuerzo gigante, sobrenatural, del que perdió las esperanzas y ve un rayo de luz salvadora brillar en la negrura de su abatimiento.

Su rostro se anima y grita sollozando: ¡Venceré, madre mía!... No me abandones.

Limpíase con la manga del capote, la sangre que inundaba su rostro, y sin perder ni uno solo de los movimientos de los dos ginetes que aun luchan, quitó de los restos de fusil la ensangrentada bayoneta, empuñándola a modo de navaja.

Revelando una sangre fría, increíble en aquellos momentos, es pero la acometida del que acompañaba al que pudiéramos llamar

abanderado, y cuando sobre él des- cargaba mortal golpe, tapóse con la cabeza del caballo y sepultó la bayoneta en el pecho del bruto, que al sentirse herido dió un salto; lanzando a larga distancia a quien lo montaba. El pobre animal cayó muerto.

En los labios de Pedrin dibujóse satánica sonrisa; y rápido, sin dar tiempo al de la bandera para hacerse cargo de lo ocurrido, sujetó la triangular arma entre los dientes, y apoyando sus manos en las ancas del caballo quedóse de un salto ginece.

Sujetó al adversario y dos veces cortó el aire la bayoneta para esconderse en el cuerpo del abanderado.

Momentos después perdióse el cuadrúpedo entre nubes de polvo llevando en sus fomas a Pedrin con la bandera enemiga.

III

—Y viene todos los días?

—Cuando murió su madre ya estaba yo encargado del Cementerio, y desde entonces, ni una sola tarde ha dejado de venir a rezar en la sepultura.

—Gran hombre es ese pobre anciano!—¡Ah, señor! sus hechos son muy meritorios. La pensión que te concedieron por su hazaña, te emplea en alimentar día y noche esas lucas que vivían a los lados de la cajita que contiene la condecoración. E' vive de las limosnas que le dan.

Así hablaban a la puerta que cerraba un cuadrado de tipias, utilizado para dar cristiano asilo a los restos de los moradores de a dos leguas a la redonda, un sacerdote y un viejo campesino, mientras que por empinada cuesta subía hacia allí un hombre de edad muy avanzada, de aspecto andrajoso, apoyándose en un cayado.

Al llegar donde estaba el cura, quitose el caminante el pedazo de fieltro que cubría su cabeza y saludó con respeto y humildad.

—Descanse un momento, hermano; que bien lo ha merecido,—dijo el sacerdote al recién llegado señalándole un banco de piedra.

—Gracias, padre; aunque viejo soy duro; la cuesta no me fatiga, ¡es tanta la costumbre!

—Soy nuevo en estos lugares, pero no ignorante de lo heroico que es su corazón y de la inmensidad de su fe.

Sé como ganó una bandera al enemigo y aquella cruz, que en la sepultura de su madre está.

—No, padre; yo no gané nada en la guerra, fue ella, mi madre, la que hoy está en el cielo escuchándome, la que me defendió de mis enemigos con su imagen, ó como recuerdo... Evité que me mataran, y fue la que condujo ante mis ojos la bandera y nadie más que ella fué quien ganó la cruz... La he visto en su sepultura... Venga... venga a verla y rezaremos por mi pobre madre.

Y con los ojos arrasados de lágrimas hizo ir hasta la tumba de la que le llevó en sus entrañas al cu-

ra y al sepulcra, donde los tres oraron largo rato.

D. AELSONO MORAS.

Madrid y Julio 1895.

(Prohibida la reproducción)

Microscópicas.

CONSECUENCIAS

El rasgo de la señora valenciana que ha entregado sus alhajas de desposada para que, vendidas, sea entregado el producto a las familias de los reservistas casados, ó solteros que mantengan a sus padres, ha levantado un eco simpático entre los valencianos y muchos de estos han seguido el camino señalado por la virtuosa mujer. La prensa ha respondido a su voz persuasiva, dispúndose a buscar dinero; pero el público se le ha adelantado y sobre las mesas de las redacciones de los periódicos caen la moneda del rico y la del pobre, de valor material distinto pero de idéntico valor moral.

Es una suscripción que hace sola. La voz de la virtuosa valenciana ha hecho fundirse los corazones en el sentimiento de la caridad y nadie quiere ser el último en la campaña contra la miseria que engendra el patriotismo de los pobres reservistas que van a Cuba.

Consuela ver eso. Se siente orgullo de ser español, sobre todo en estos tiempos en que se ve a la patria hacer sacrificios crecientemente, que levanta impetuosamente admiración en el extranjero.

Y cuando el pueblo ha dado gran parte de su sangre y su vida para sostener la guerra, todavía hay quien hace un negocio de comprar el hambre que dejan tras sí los reservistas al marchar tras su bandera para regalarla con su sangre.

Realmente se siente el alma rebosante de orgullo al decir:

¡Soy español!

RAUL.

TIJERETAZOS

Porque ha dicho un periódico que debe procesarse al general Salcedo, por las declaraciones que ha hecho a los periodistas de la Coruña, se admira «La Correspondencia Militar».

Y dice que es muy cómodo desear que se procese a un general, pero no es tan cómodo matarlo a Cuba, luchar con valor, y perder la salud, como le ha hecho, el general Salcedo.

En una marxista teoría la que se trae el colega de los tirotes.

Depengátese que en este mundo cada uno hace su papel y el del hombre civil no es el de los generales.

Y el ser valiente a ir a Cuba no debe impedir que sea procesado el que falta a sus deberes, si es que falta.

Un periódico publica un artículo para hacernos conocer a la familia Mora, la que nos reclama los millones.

No hay para qué hacer la presentación ni explicar el parentesco.

¿Qué nos importa saber si son guapos ó feos, viejos ó jóvenes, blancos ó negros?

Lo que nos interesa es que nos lleven el dinero.

Lo demás es música.

Corre el rumor de que Máximo Gómez es paisano nuestro.

Y hay quien se afana al saber que recibió el agua del bautismo en la pila, donde fué bautizado el célebre cabecilla.

Por mi parte, declino el honor de ser paisano de quien, si fuese español, sería el verdugo de su patria.

Por fortuna Máximo Gómez nació en

tanto Domingo y sus acciones, vituperables en Cartagena son, dignas de tratamiento sobre Cartagena.

Dice un articulista: «Revolviendo la política, esto es epoque tra: ¡miseria!»

Y más adelante añade: «La guerra, hubo harta, pide víctimas y más víctimas, y... allá van españoles donde quiera Martínez.»

Tiene razón el articulista: Revolviendo la política solos encontramos miseria.

Entre los instructores cubanos hay gran mayoría, por querer predominar los negros sobre los blancos.

Me alegro. Así contribuirán los últimos a dar la tormenta que desatarán.

NOTAS

Por lo visto, los americanos, así del Norte como del Centro, desconocen por completo el valor de la palabra neutralidad; y vale más estar en este descomulgamiento, porque de otro modo será preciso confesar que de intento, faltan a los deberes que el derecho de gentes impone y reclaman las relaciones entre los Estados.

Como cosa cierta se sabe que el punto céntrico de Nueva York funciona una delegación del partido revolucionario cubano; y de México se han notificado de haberse preparado una expedición filibustera que habría de efectuar su desembarco en la bahía de Puerto Rico.

No cabe suponer siquiera que el Gobierno de Washington ignore lo que pasa en la ciudad neoyorkina; no está del todo mal organizada la policía en los Estados Unidos de América del Norte, y aunque lo estuviera, siempre el citado Gobierno se hallaría al tanto de lo que en aquel país se fragua contra España, con motivo de la insurrección cubana ó con cualquier otro motivo; pues allí tenemos un representante celoso que señala constantemente las transgresiones que se cometen en lo que a la neutralidad se refiere.

Mas ¡ay! El Gobierno de los Estados Unidos exige, y a la fuerza, como pago, como precio de su neutralidad, la terminación, en provecho suyo, del negocio asunto Mora.

España no desatendió la reclamación; coplando con que allí en la gran república norteamericana, se guardaban las leyes de la neutralidad con el mismo empeño, según en la costumbre de Méjico; pero los hechos demuestran que así como Inglaterra, enviaba porrechos de guerra a los marroquines, los Estados Unidos hacen la vista gorda cuando en aquel territorio se preparan expediciones filibusteras.

Dentro de la doctrina de Méjico podrá estar muy bien el de que los Estados Unidos no se metan en el asunto de España, pero en los procedimientos internacionales no entaja conducta semejante. España tiene perfecto derecho a protestar de ella.

El «Hijo de España» se declara al Gobierno de Washington, y como adversario poderoso procede, como lo hace también el Gobierno mejicano; uno y otro corran parejas en eso de guardar la neutralidad prometida; sin duda alguna, como el principio de igualdad, desconocen por completo el valor de aquella palabra.